

**Narrativa** La entrega del narrador protagonista al deporte de la natación sirve de disparador para un análisis de las relaciones familiares y de poder

# La ruta del infierno

**Joaquín Pérez Azaústre**  
**Los nadadores**

ANAGRAMA  
248 PÁGINAS  
16,90 EUROS

**J.A. MASOLIVER RÓDENAS**

Tres datos marcan el desarrollo de *Los nadadores*, la nueva novela del poeta y narrador Joaquín Pérez Azaústre (Córdoba, 1976): la entrega a la natación y las razones de dicha entrega por parte del protagonista, su profesión de fotógrafo y la desaparición de su madre. Un desarrollo que adquiere su verdadera dimensión al analizar “las diferencias más imperceptibles para cualquier observador común”, porque las cosas suceden pero al mismo tiempo significan.

Si en *Las babas del diablo* de Julio Cortázar, “el fotógrafo opera siempre como una permutación de su manera personal de ver el mundo por otra que la cámara le impone”, aquí no es la cámara la que revela la realidad más profunda –la que el simple observador ignora o prefiere ignorar–, es decir, no es el texto o la fotografía, sino la propia la naturaleza humana que va revelando lo que hay en ella de trágico. Pérez Azaústre subraya el papel decisivo del narrador como analista y como creador: “únicamente algunos avezados algo más intuitivos transforman el paisaje, lo apresan a su modo”. Este sentido de trascendencia, de búsqueda de una “realidad paralela”, le aleja de la dirección más ruidosa de nuestra joven y no tan joven narrativa. “¿Mi generación? ¿Eso existe?”. Y lamenta que todavía no haya surgido alguien lo bastante gran-

de, “el gran artista que de pronto da con la clave de todo”; “hace treinta años, cuando yo tenía más o menos tu edad, si había tres o cuatro verdaderamente punteros”.

La entrega de Jonás a la natación no se debe a su vocación sino a una lesión que tuvo desde pequeño y que “en ocasiones le había dejado prácticamente sin respirar”. Dicha opresión amplía su significado al relacionarse con las separaciones y las desapariciones. El padre abandona a la madre y Ada le abandonará a él, con vínculos que no se rompieron del todo y cuya ausencia se hace más dolorosa cuando siente que han desaparecido para siempre de su vida. Se entiende

**La entrega de Jonás a la natación no se debe a su vocación sino a una lesión que tuvo desde pequeño**

que como fotógrafo le interese la caída, el derrumbe, captar “ese instante, ese paréntesis en el que parece que los personajes van a regresar al decorado, porque su presencia no es todavía borrosa, sino tangible, pero dando a entender que no volverán nunca”. Y lo que es un drama individual adquiere dimensión social, expresión de nuestras opresivas sociedades contemporáneas. Así, en plural, porque la acción no ocurre en una ciudad identificable pero sí familiar.

A la desaparición de las personas más queridas se añaden otras que afectan al conjunto de la sociedad. Se establece así una estrecha relación entre el individuo y la colectividad. *Los nadadores* tiene mucho de novela psicológica, en ese espacio cerrado que es la piscina, en la enfermedad y en la sensación de ahogo de Jonás, como si “él mismo también tuviera miedo de desaparecer”; pero a medida que avanzamos hay una mayor complejidad provocada por la perversión del poder y la represión. Sólo las torres de la iglesia que ve Jonás desde su ventana le ofrecen este efecto de “sutil placidez” que llegó a encontrar también cuando nadaba, en contraste con el “infierno sonoro” en que se ha ido convirtiendo la realidad y, con la realidad, esta plácida e inquietante novela. |



La nadadora estadounidense Janet Evans ROBERT LABERGE / GETTY IMAGES